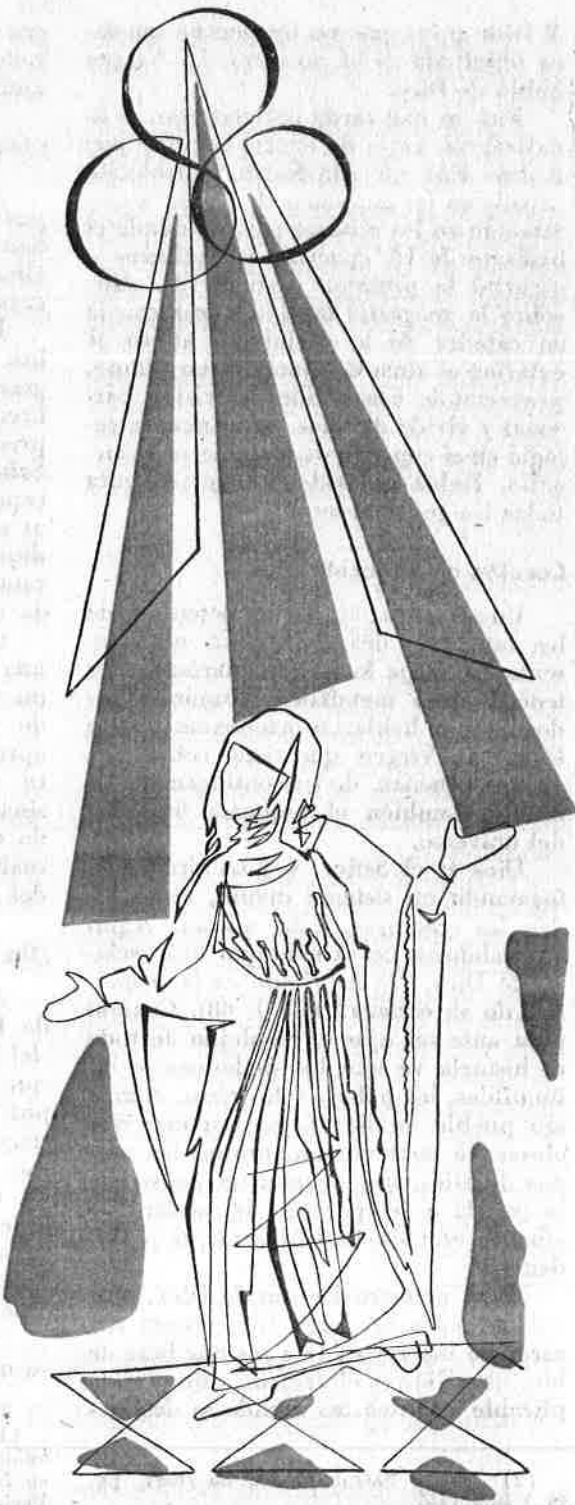


# CONCEPTO DE DIOS EN LA *Virgen*

*Antonio González Dorado, S. I.*

**L**A Virgen tuvo una lección magistral sobre Dios. Y era de esperar si se adentraba en el tema. Ninguna criatura puramente humana ha podido alcanzar un contacto más íntimo con la divinidad que María. Después de la escena de la Encarnación quedó reflejada en su alma, como en un lago transparente, la imágen más pura de Dios (1).

(1) Algunos teólogos afirman que la Virgen gozó de la visión intuitiva de Dios en el momento de la Encarnación. Sin entrar en discusión sobre el tema, señalamos el hecho como exponente de la idea —y en ello conviene toda la teología— que de la penetración religioso-teológica de María en la entraña de los misterios divinos más centrales reina entre los maestros de la ciencia sagrada. Cf. J. A. DE ALDAMA, *¿Gozó de la visión beatífica la Santísima Virgen alguna vez en su vida mortal?* Archivo Teológico Granadino, 6 (1943) 121-140.



Y Dios quiso que esa imagen no quedara sepultada en el misterio. La Virgen habló de Dios.

Fué en una tarde palestinese, al finalizar un viaje de cuatro o cinco jornadas. Fué en Ain-Karin, pueblecito situado en las montañas de Judá, "exactamente en los mismos parajes donde el beduino de Ur apacentó sus rebaños y escuchó la promesa divina" (2). Allí, sobre la geografía bíblica transformada en cátedra de la divinidad, afloró al exterior el alma de María en un himno, proyectando con nitidez su visión personal y vivida de Dios. San Lucas la recogió en el capítulo primero de su Evangelio. Había quedado consignada para todas las generaciones.

#### Lección de Teocentrismo.

Una lectura, aun poco detenida, de los versículos del *Magnificat*, nos presenta de golpe lo que llamaríamos un teocentrismo metafísico, común a todos los que hablaron ortodoxamente de Dios. La Virgen que tiene conciencia de su pequeñez, de su contingencia, ha intuido también el esquema filosófico del universo.

Dios es el Señor, y a su alrededor, formando un sistema divino, giran todas las creaturas. Ella misma, según sus palabras, no es más que una esclava de Dios, "se ha fijado en la pequeñez de su esclava" (Lc 1, 48). Cuando pasa ante sus ojos el celuloide de toda la historia ve que los poderosos y los humildes, los pobres y los ricos, el mismo pueblo de Israel, no son más que piezas de fácil movimiento en las manos de Dios, que ocupan un puesto en la jugada o desaparecen del tablero según los eternos designios de su providencia.

Es su primera lección de Dios, sencilla y esperanzadora. Una virgen nazaretana nos recuerda a los hombres de hoy que Dios es el centro, y que es explicable que nuestro mundo se desinte-

(2) PEDRINO SALGADO, *Vida de Jesús*, pg. 28. Cádiz 1946.

gre rápidamente por haberlo estructurado artificialmente sobre un sistema antropocéntrico.

#### Cinco nombres de Dios

A Dios, centro del universo, la Virgen lo ha iluminado con cinco nombres. Son cinco títulos, que desplegados cíclicamente, revisten los efectos de una gran teofanía.

Primero le ha designado con el nombre de Señor, *Kúrios*, que es palabra griega que corresponde al nombre hebreo de *Yahwé* (3). Después la Virgen precisa más diciendo que Dios es su Salvador. Por último despliega el concepto de Salvador en un tríptico: Dios es el Poderoso, el Santo, el Misericordioso, tres atributos que ella ve operantes en la historia, como aparece desde el versículo octavo del *Magnificat*.

Cinco nombres de Dios en labios de una mujer hebrea. No son nombres de nuevo cuño. La Virgen los ha recogido de una tradición milenaria. Los ha aprendido en los pasajes de la literatura veterotestamentaria, oídos en una sinagoga de aldea. Pero María ha intuido en esos elementos disgregados una realidad nueva. Ha descubierto al Dios del Nuevo Testamento.

#### ¿Un Dios nacionalista?

*Yahwé* no es un nombre genérico de Dios. *Yahwé* es el nombre propio del Dios de Israel. En una época en la que los dioses falsos se multiplicaban por los pueblos colindantes, Dios tuvo necesidad de un nombre propio, para que su pueblo escogido lo distinguiera de todos los demás. "Yo soy *Yahwé* —le dice a Moisés—. Yo me manifesté como Dios Omnipotente a Abraham, Isaac y Jacob; pero con mi nombre *Yahwé* no me revelé a ellos" (Ex 6,3).

La antigüedad del nombre "*Yahwé*" es un problema discutido entre los eru-

(3) Cfr. ZORELL, *Psalterium ex haebreo latinum*, ed. 2.<sup>a</sup> pg. 406. Romae 1939; y antes en *Lexicon graecum Novi Testamenti*, ed. 2.<sup>a</sup> Paris 1931.

ditos (4). Pero una cosa es cierta: el nombre "Yahwé" está ligado a la historia de Israel desde su salida de Egipto (Os 13, 4). Yahwé es el Dios de la alianza en el monte Sinaí. Yahwé está presente en las victorias y en las derrotas de su pueblo. Es Yahwé el que habla por boca de los profetas anunciando castigos o descubriendo en las tinieblas del futuro un día luminoso cuando todos los pueblos de la tierra adorarán al Dios de Israel.

No cabe duda que cuando María invoca el nombre de Yahwé tiembla de emoción porque sabe que en la brevedad del "tetragrammaton" (5) se encierra toda la historia y todas las esperanzas de su nación.

Pero no es Yahwé un dios nacionalista. La Virgen sabe que Dios, al hacerse en cierta manera ciudadano de Israel, lo hacía en función de la salvación de todos los hombres. Dios establecía alianzas con una nación concreta, sólo porque había determinado que de Israel tenía que salir el Salvador, que iba a establecer una fraternidad superior de todos los hombres no fundada en un nacimiento "de la sangre, ni del deseo de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios" (Io 1,13). María conoce a Yahwé, el Dios del Universo (Eccl 50, 22), con sus planes de salvación universal, y por eso añade en su cántico: "Y mi espíritu salta de gozo en Dios mi Salvador" (Lc 1,47).

#### Dios Salvador

Para nuestra generación humillada esta irrupción salvadora de Dios en la historia, surge como un oasis de esperanza.

El nombre "Salvador", nos dice San Agustín, es nombre de beneficio. Pero cuando lo salmodia un hebreo, cuando lo pronuncia la Virgen, tiene un senti-

(4) Véase, por ejemplo, VAN IMSCHOOT, *Théologie de l'Ancien Testament*. Tm. I, pg. 17. Tournai, 1954.

(5) Así se designa la palabra «Yahwé» por las cuatro consonantes hebreas que la constituyen.

do perfectamente circunscrito y determinado. Dios es Salvador, para un judío, porque envía a su Mesías, al que había sido prometido a los patriarcas, al que debía inaugurar la nueva edad anunciada con tanta insistencia por los profetas. "La promesa de esta salud —nos dice Bover— es la sustancia del Antiguo Testamento" (6).

Sólo a la luz del capítulo tercero del Génesis se puede comprender esta llama de esperanza salvadora que brilló entre los hombres de culturas misteriosas y olvidadas. El hombre, el gran derrotado por el pecado, era también el gran solitario dominado por el miedo... Entonces se oyó la voz de Dios: "Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, entre tu descendencia y la suya; y él (el descendiente de la mujer) quebrantará tu cabeza" (Gen 3, 15). Desde ese momento aquel hombre primitivo, del que sólo conocemos hoy su esqueleto fosilizado, sintió renacer en sus ojos la esperanza. En medio de una naturaleza hosca soñaba en un día lejano cuando otra vez sería amigo de Dios que bajaría a pasear con él a la brisa de la tarde.

Se sucedió interminable la caravana de los siglos. Dios mantenía su promesa. De generación en generación alzaba su voz indicando la ruta por la que venía el Salvador, el Esperado de las naciones. Sería de la raza de Sem (Gen 9, 24-27), perteneciente al pueblo de Abraham, descendiente de Jacob, de la tribu de Judá (Gen 49, 10), de la familia de David (2 Reg 7, 16). Había un pueblo sobre la tierra, Israel, que guardaba la promesa divina y sabía que de su tronco tenía que brotar el Salvador para ser

*luz para iluminación de los gentiles  
y gloria de tu pueblo Israel.*  
(Lc 2, 36)

Y llegó un momento cuando la promesa de Dios se hizo carne.

Es la plenitud de los tiempos. La escena se desarrolla en la casita blanca

(6) *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, pg. 166. Barcelona, 1956.

de una aldea olvidada de Palestina. Se han entablado negociaciones entre el cielo y la tierra. El embajador de Dios en un ángel: Gabriel. El de los hombres, una virgen: María. Dios ofrece cumplir su promesa del Génesis. La humanidad asiente por boca de María: "Hágase en mí, según tu palabra" (Lc 1, 36). "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Io 1, 14).

María es la primera ciudadana consciente del mundo del Nuevo Testamento. Cuando llama a Dios *Salvador*, tiene la expresión en sus labios un sentido inédito para el hebreo que pasa junto a ella. Sabe que Dios ha bajado otra vez entre los hombres para pasear de nuevo con ellos a la brisa de la tarde. Sabe que el Salvador está hecho carne en sus entrañas.

Esa palabra de María trasciende todo el Nuevo Testamento y llega con toda su verdad palpitante hasta nuestro mundo de hoy. Todas las miradas sienten necesidad de encontrarse con Jesús, el Salvador, que camina junto a nuestra barquilla y nos dice: "Confiad, soy Yo; no tengais miedo" (Mt 14, 27).

#### Tres atributos

Pero el concepto de Dios Salvador, tal como nos lo presenta la Virgen, podemos decir que es la resultante de tres atributos divinos: de la santidad, el poder y la misericordia de Dios. Son precisamente los tres atributos activos que presenta la teología veterotestamentaria en la edad mesiánica (7).

Los profetas al vaticinar sobre el futuro mesiánico distinguían claramente dos ciclos: un ciclo de purificación, donde actuaba el poder de Dios; otro ciclo de misericordia. Sobre uno y otro momento se alzaba la santidad divina como un imperativo categórico que exigía la salvación en su doble aspecto de juicio y misericordia (8).

(7) HEINISCH, *Teología del Vecchio Testamento*, pg. 335. Torino, 1950.

(8) VAN INSCHOOT, o. c. pg. 50.

La santidad de Dios se identifica con la trascendencia divina. En este sentido ontológico "ninguno es santo como Yahwé" (1 Reg 2, 2) y las mismas "estrellas no están limpias a sus ojos" (Jb 25, 5). Pero Dios también es Santo porque es impecable. Este aspecto moral de la santidad divina tal vez ningún profeta lo haya sentido más profundamente que Isaías. Ahora bien, "esta doctrina de la Santidad de Dios —nos dice Heinisch— ha de considerarse del más alto valor, en cuanto que culmina en el deber que le incumbe al hombre, de volverse semejante a Dios mediante una vida virtuosa" (9). Con este sentido moral habla Dios a su pueblo cuando le dice: "Sed santos, porque Yo, Yahwé, vuestro Dios, soy santo" (Lv 19, 2; 11,14; Nm 15, 40).

La santidad divina exige consecuentemente el castigo de todo pecado. Por ese motivo los profetas recurren continuamente a la santidad de Dios que castigará a los pecadores (Is 5, 16); y el mismo Yahwé jura por su santidad que los lujuriosos y los que oprimen a los pobres serán ensartados en picas y los restos de sus cuerpos serán hervidos en ollas (Am 4, 1-2).

Pero el poder punitivo de Dios está al servicio de la misericordia: "Vive el Señor, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva" (Ez 33, 11). La justicia de Dios es la poda necesaria para formar un pueblo santo. Dice Dios por boca de Sofonías: "Yo quitaré de en medio de tí aquellos que alientan tu orgullo (...), y dejaré en medio de tí un pueblo pobre y humilde, el cual pondrá su esperanza en el nombre del Señor. Los restos de Israel no cometerán injusticia, ni hablarán mentira, no tendrán en su boca una lengua falaz; pues tendrán pastos, y gozarán descanso, ni habrá nadie que les cause miedo" (3, 11-13).

Exactamente a esta mentalidad responde la visión de la Virgen: "Redujo a polvo a los hombres de corazón so-

(9) HEINISCH, o. c. pg. 74.

berbio", "arrojó del trono a los poderosos", "dejó vacíos a los ricos". Y en oposición canta: "Levantó a los humildes", "colmó de bienes a los hambrientos", "amparó a Israel su siervo". Son el poder y la misericordia de Dios operante en la historia. Esas palabras cobrarán todo su sentido cuando Jesús inaugure oficialmente el segundo período de la historia universal con el programa de las bienaventuranzas.

#### En este momento

La brevedad de la nota no nos permite profundizar más en la lección de Dios que hace veinte siglos nos dió María en la luminosidad de una tarde de Palestina. Pero nos exige reflexionar.

Dios Salvador continúa desde su trono del cielo dirigiendo la historia. Frente a El los hombres se siguen dividiendo en dos bandos, dos posturas denunciadas claramente por la Virgen: los temerosos de Dios y los grandes en el sentir de sus corazones.

Los temerosos de Dios, en el lenguaje bíblico, son los siervos fieles que cumplen los mandamientos de Dios, son los humildes y los pobres de espíritu, los que ponen su esperanza en el nombre del Señor.

Los soberbios, los poderosos, los ricos son la postura antitética. Forman una raza de hombres autosuficientes y egocentristas, grandes en el sentir de sus corazones.

Pero humildes y soberbios tienen que doblegarse ante el Dios Salvador. El pobre se doblega bajo el peso de la misericordia divina. El soberbio hince su rodilla por la fuerza del brazo poderoso de Dios.

En este momento histórico, cuando la humanidad se siente responsable de haber violado los derechos más fundamentales de Dios, el hombre vuelve a sentirse solitario y pobre, invadido por el miedo como Adán en el día de su pecado. De nuestra pobreza nace la esperanza. Porque con los pobres está la misericordia de Dios.

